

X. LA PRIMERA NOVELA PSICOANALÍTICA.

Si el artículo de Groddeck se publicara ahora en una revista médica probablemente provocaría las mismas reacciones generales que provocó hace más de cuarenta años, aunque alguna de sus tesis parezcan ya un tanto anticuadas. El médico “progresista” acepta ahora el argumento de que emociones y conflictos pueden estar representados por síntomas físicos, aunque con frecuencia la teoría es aceptada mientras que la práctica consiste en actuar como si aquella nunca hubiera sido descubierta.

El estudiante de medicina sigue iniciando su preparación en un laboratorio, luego con un cadáver, y en algunas universidades no examina a un paciente vivo hasta el último año de la carrera. Muchos médicos, al tropezar con afecciones para las que no encuentra ninguna causa orgánica específica, ordenan más y más análisis en la creencia de que debe existir algún oscuro desorden físico. Otros clasifican los misteriosos síntomas con diversos títulos, generalmente despectivos. Esta enfermedad es “nerviosa”, aquel dolor es “emocional”, “funcional”, inclusive “imaginario”. Todos los días se le dice protectoramente a alguien que “no tiene nada físicamente mal”. El médico “comprensivo”, aunque en privado pueda creer que determinada enfermedad está “en la cabeza”, prescribe por lo general un sedante o un tranquilizador. Estos hombres comprenden, cuando menos, que aunque la enfermedad sea “sólo psicológica” el dolor y el malestar son reales.

Muchos médicos aceptan ahora la idea de que las tensiones emocionales provocan síntomas físicos, pero pocos aceptan el corolario de que un síntoma puede ser la expresión de un conflicto inconsciente de deseos. En cuanto a la tesis de Groddeck de que los procesos pueden ser devueltos a una condición anterior, la idea misma ofende a muchos graduados en buenas escuelas de medicina. Han observado las bacterias con el microscopio, han hecho disecciones en los cadáveres, han memorizado los nombres de los nervios del cerebro. Han visto los resultados demostrables de la enfermedad orgánica: los cambios de tejidos, la destrucción de células. Pueden aceptar, en un grado limitado por su observación y su experiencia, la teoría de que todo eso pueda ser puesto en movimiento por los sentimientos, pero no pueden admitir la posibilidad de que procesos de curación sean puestos en movimiento por sentimientos. Determinado virus *provoca* determinada enfermedad, dicen, pero miles de personas tienen ese virus y están bien. ¿Qué provoca, pues, que el virus se vuelva activo para que uno se enferme? Los médicos, los maestros, los padres, repiten la frase “disminución de la resistencia”, que no explica nada y simplemente describe lo que ha ocurrido.

El mismo estado de cosas existía en 1917. Quizás los tiempos eran menos propicios para un Groddeck entonces, pero Freud consideró que el folleto era “muy interesante y significativo”, aunque predecía reacciones encontradas de sus colegas. Instó a Groddeck a elaborar nuevos trabajos con más relatos de sus casos. Otro psicoanalista recibió el trabajo de Groddeck con entusiasmo: Sandor Ferenczi, cuya reseña apareció a su debido tiempo en el *Journal*.

El Dr. Groddeck, en su folleto, es el primero en hacer el valeroso intento de aplicar los resultados de los descubrimientos de Freud a la medicina orgánica y este primer paso ya lo ha conducido a resultados tan sorprendentes, a tan nuevas opiniones y a perspectivas inéditas que, por lo menos, el valor y la inventiva de ese paso están fuera de duda. No tenemos, pues, ninguna justificación para rechazar ninguna de las declaraciones de Groddeck que ahora puedan sorprendernos. Lo que él describe no es, en su mayoría, hipótesis, sino hechos. Registra que, en un gran número de enfermedades puramente orgánicas, como inflamaciones, tumores y anomalías de constitución, ha logrado demostrar que la enfermedad se ha desarrollado como una defensa contra las “sensitividads” inconscientes, o que está al servicio de

otras tendencias inconscientes. Ha logrado inclusive, mediante trabajo psicoanalítico, es decir, haciendo conscientes esas tendencias, mejorar y hasta curar enfermedades orgánicas muy graves, como las paperas, el escleroderma, y caos de gota y de tuberculosis. Groddeck está lejos de representar el papel de un mago y afirma modestamente que su objetivo era simplemente crear, mediante el psicoanálisis, condiciones más favorables “para el *Ello* que lo vive a uno”. Identifica ese “*Ello*” con el inconsciente de Freud.

Bueno, no lo identifica *totalmente* con el inconsciente de Freud, y Ferenczi le había leído a Freud la carta en que Groddeck trataba de explicar la diferencia. En el folleto los términos fueron usados como si fueran intercambiables.

Ferenczi, considerado con frecuencia como hipocondriaco, estaba todavía más entusiasmado de lo que indicaba su comentario. Había alguien que curaba la tuberculosis, enfermedad que había mantenido a Ferenczi hospitalizado durante meses. Siempre receptivo a las ideas nuevas, estaba fascinado por la nueva teoría. Quería conocer personalmente a aquel Groddeck.

Había otra razón para el tono moderado de Ferenczi en la reseña. Aunque el *Journal* era una publicación técnica para psicoanalistas, era ampliamente leída por legos. Reporteros, novelistas y cuentistas la tomaban como fuente de ensayos y obras de ficción, y mucho periodismo sensacionalista se había inspirado en los artículos del *Journal*.

La esperanza de Ferenczi de conocer a Groddeck no se realizaría por algún tiempo. Aunque Groddeck y Freud apenas se ocupaban de la guerra en sus cartas, en 1917 la guerra era una dura realidad. Según Jones, fue en esta época cuando Freud se quedó sin tabaco y se le empezó a inflamar dolorosamente el paladar. Cuando recibió un regalo de tabaco y empezó a fumar observó que la inflamación y el dolor desaparecían milagrosamente. Le escribió a Ferenczi y describió el incidente. Si no hubiera sido tan notable, no habría creído en la coincidencia. “¡Completamente a la Groddeck!”, dijo.

La amistosa acogida a Ferenczi y, lo que era más importante, de Freud, llegó cuando Groddeck se encontraba solo por primera vez, sin imitar ya ni a su padre ni a Schweninger. Había aprendido a argumentar en defensa de sus ideas, pero no se sentía del todo seguro sin recibir aprobación. Quería que Freud conociera todo acerca de él: sus teorías, sus escritos, su trabajo con sus pacientes, hasta su rutina diaria. Deseaba obtener la aceptación plena de Freud. Freud no tenía que considerar que siempre tenía razón, pero debía aceptarlo con sus errores y sus defectos.

Se intercambiaban largas y frecuentes cartas. Casi todas ellas contenían alguna referencia al *Ello* y el Inconsciente. Groddeck seguía insistiendo en que su *Ello* era necesario para la comprensión de su obra, que el Inconsciente no era lo suficientemente amplio, y que Freud repetía con obstinación que el Inconsciente era suficiente y que Groddeck trataba de hacer intervenir ideas filosóficas no probadas.

Ese mismo año, poco después, iniciaron una viva discusión sobre Ibsen. El pequeño volumen de Groddeck sobre Ibsen había sido publicado en 1910; el ensayo de Freud sobre *Rosmersholm* salió en 1915, y era un análisis de la culpa en el personaje de Rebecca West. Estaban completamente en desacuerdo en su concepción del personaje y discutían muy acaloradamente. Groddeck insistía en que la confesión de Rebecca era ficticia. Hubo un rápido intercambio de cartas, en el que Freud y Hans Sachs afirmaban que Rebecca confesaba una culpa verdadera. La polémica parecía de dos miembros del departamento de literatura de una universidad. En una de sus cartas sobre el tema de Rebecca, Freud escribió, después de reflexionar, que había visto a una paciente con esclerosis múltiple que deseaba un “tratamiento psicológico”. Freud le preguntaba a Groddeck si quería verla. Observaba que tenía poco dinero y debía saber por anticipado cuánto costaría el tratamiento.

La respuesta de Groddeck fue una continuación de la discusión.

Sobre Rebecca West, no hay duda de que usted sigue pensando lo mismo que antes. Tengo curiosidad por saber cómo podría usted explicar que Rebecca espíe a Kroll y a Rosmer y dé a entender que sabe quien ha escrito las cartas anónimas. Ibsen es demasiado cuidadoso en su trabajo para que podamos suponer que incluyó todo esto por divertirse. He descubierto que en cada nueva obra de Ibsen uno encuentra materiales nuevos para problemas nuevos, estéticos y psicoanalíticos.

Después, tan poco ceremoniosamente como Freud se había referido a ella, aceptaba a la paciente y daba los detalles del costo del tratamiento. Se firmaba “Su discípulo devoto”, y no volvió a escribir en dos años.

Fueron años buenos. Aunque las condiciones en Alemania eran difíciles, él tenía trabajo y su reputación crecía. Escribía todos los días, aunque sus pacientes ocupaban gran parte de su tiempo. En 1918 empezó a publicar una pequeña revista que circulaba en el sanatorio y entre unos cuantos amigos. Había algunos colaboradores ocasionales de afuera, pero Groddeck mismo escribía casi toda la revista. Ésta se llamaba, por broma de un paciente, *Satanarium*, y muchos seguían llamando al sanatorio el *Satanarium* Groddeck.

También estaba escribiendo una novela, la primera novela psicoanalítica. Quería presentar a un personaje principal que personificara al inconsciente. El hombre debía portarse de una manera incivilizada, inclusive psicopatológica, y el argumento demostraría cómo su conducta afectaba a quienes lo rodeaban. Thomas Weltlein, el héroe, actuaba siguiendo sus impulsos y decía cualquier cosa que se le ocurriera, un *enfant terrible* que gritaba lo que por lo general se mantenía en silencio.

Cuando el libro estuvo terminado, lo envió Groddeck a un editor y esperó a que lo aceptaran. Nunca había tenido la menor dificultad para publicar sus escritos y aunque el libro no se parecía a nada de lo que antes escribiera, lo consideraba bien hecho y valioso. No estaba preparado para la acogida que tuvo. El editor se sintió molesto y ofendido, empleó la palabra “lujurioso” y devolvió rápidamente el manuscrito. Groddeck se encogió de hombros y volvió a mandarlo. Media docena de editores que antes lo habían estimulado a que les enviara sus trabajos le contestaron que no les interesaba la novela. Volvió a escribir ciertos pasajes, releyó todo, se sintió satisfecho y volvió a mandar el manuscrito. Fue inútil. Todo lo que le parecía valioso era inaceptable para los editores y las partes que él consideraba menos logradas eran altamente elogiadas.

Su fantasía favorita, en la que envió a Freud una copia hermosamente empastada de su libro, tuvo que ser descartada junto con otros sueños. En octubre de 1919 le escribió a Freud y le dijo lo que estaba haciendo.

Por separado le envió un manuscrito que he llamado, un poco en broma, *Una novela psicoanalítica*. El libro ha visitado el número habitual de editores y todos me lo han devuelto con las más corteses expresiones de agradecimiento. He renunciado a la esperanza de encontrar alguien que lo publique, pero me gustaría que usted lo leyera antes de que desaparezca definitivamente. Quizás Ferenczi también quiera echarle un vistazo; me agradecería expresarle mi agradecimiento por unas cuantas horas alegres debidas a su amable crítica de mi folleto.

En el aislamiento pueblerino en que vivo no me entero de nada de lo que pasa. Mi flojo librero sostiene que *Imago* y la revista psicoanalítica han muerto. ¿Es cierto? Yo me había acostumbrado al gran placer que me producían y no he recibido un ejemplar durante meses.

El manuscrito fue enviado a Freud, quien no acusó recibo. Groddeck pasó de la resignación a la depresión. Estaba seguro de que el silencio significaba desaprobación. Probablemente el libro era tan malo como decían los editores. Probablemente Freud estaba decepcionado y no se animaba a decirlo.

Cuando ya no pudo soportar más el silencio, Groddeck volvió a escribir a Freud. Dio como excusa la posibilidad de interesar a un nuevo editor. “El libro parece producir disgusto en todas partes”, dijo fríamente, “cuando menos, interpreto su silencio como una señal del mismo tipo de disgusto”. Pero había escrito varios artículos en los meses anteriores sobre una amplia gama de temas, desde Moisés hasta Struelpeter. “Si usted pudiera utilizarlos para *Imago*, me gustaría mandárselos, pero quizás usted dispone de un gran número de trabajos semejantes”. Se arriesgó a incluir un artículo para que lo leyera Freud.

Freud replicó en seguida. “Su colaboración me llegó. Es tan completa y original como sus otras

cosas. Si usted quiere, puedo confirmar todos los puntos principales por mi propia experiencia”. Y lo que resultaba todavía mejor, estaba ansioso de que lo utilizara para *Imago* y añadía: “Espero que sólo sea la primera de varias colaboraciones.”

Freud expresaba luego su pesar por la dificultad de encontrar un editor para su novela. Decía irónicamente que podía ser el título, la sucia palabra “Psicoanalítica” la que provocaba antagonismo; quizás encontraría Groddeck un editor si escogía “un título menos oprobioso”. En cuanto a él, le gustaba mucho el libro.

Admiré en especial su don para la presentación plástica, que no es en absoluto usual, en las escenas del tren. Naturalmente estoy de acuerdo con usted en que el libro no será del gusto de todo el mundo. Tantas ideas brillantes, características de un pensamiento libre y en ebullición no pueden ser digeridas en conjunto. Y, sin embargo, debe usted seguir intentando publicarlo. En realidad, se han publicado producciones peores bajo la égida del psicoanálisis. Sus colaboraciones para *Imago* siempre serán bien recibidas por nosotros.

Las esperanzas de Groddeck, despertadas por la posibilidad de que la sociedad psicoanalítica publicara su libro, recibieron un rudo golpe en la última línea de la carta de Freud. “Por el momento no tenemos papel.”

El manuscrito salió nuevamente. Le fue devuelto. Volvió a salir. Regresó de nuevo. Mientras esperaba la última excusa por el rechazo, Groddeck reflexionó acerca de la novela e intentó buscar una manera de hacer que chocara menos.

Era inútil. A él le gustaba tal como era. A Emmy le gustaba. A Freud le gustaba. Volvió a los artículos, escribió el estudio de un caso y se lo envió a Freud, y el 2 de abril de 1920, le escribió a Freud que la novela todavía no había sido vendida.

Desgraciadamente, sólo puedo decirle de la novela que una vez más me fue devuelta. Las negativas no son explícitas; siempre empiezan elogiando mucho la primera parte y terminan diciendo que la parte psicoanalítica destruyó la obra de arte y, por tanto, el conjunto resulta inutilizable. La última editorial sostuvo inclusive que me perdí en el puro naturalismo. Seguiré ofreciéndola. Me ha dado mucho valor que usted haya vuelto a hablar de la obra en su última carta.

Poco después dijo, preocupado: “No tengo muchas esperanzas. Todo el que lo lee, de una u otra manera, tropieza con sus propias represiones y entonces empieza la oposición”.

Freud se mostró alentador: “Si tuviéramos dinero y papel -escribió-, nuestra casa editorial pondría fin a los largos viajes de su novela”. Pero la editorial nunca había tenido ganancias. Los únicos libros que habían hecho dinero habían sido los de Freud y él nunca tomó el dinero, sino que lo dejó para aliviar los eternos apuros del *Verlag*.

Groddeck envió un nuevo artículo a Freud, el estudio de un caso. Freud estaba seguro de reconocer al paciente. No parecía posible que hubiera dos personas así. Si había acertado, quería que Groddeck hiciera algunas supresiones en aras de la discreción. Groddeck podía modificar la ocupación, la edad, algunos detalles menores, pero demasiado reveladores.

Groddeck reconoció que había adivinado e hizo los cambios sugeridos. Estaba lleno de ideas para nuevos artículos, pero antes de que pudiera trabajar seriamente en ellos, tenía que ver qué impresión le causaban a Freud. Quería escribir, desde el punto de vista protestante, un artículo sobre el significado psicoanalítico de la crucifixión. ¿Qué pensaba Freud? La carta concluía con una nota personal:

Me gustaría decirle muchas más cosas buenas; por ejemplo, que una vez más me encuentro entre sus libros y que estoy gozando con ellos. Y me resulta muy satisfactorio que haya alguien en Viena

que se preocupe por mí aun sin conocerme... ¿Le complacería a usted si yo tratara de ser aceptado en una de las asociaciones psicoanalíticas? No encajo totalmente, lo sé con seguridad, pero podría decir que es fácil llevarse conmigo.

La réplica de Freud elogiaba el artículo reescrito, “el artículo tan valioso para mí”, que ya había sido enviado a los editores del *Journal*. Hablaba de la posibilidad de publicar la novela a expensas de Groddeck y detallaba los costos, que eran considerables. “Por favor deme el gusto de decirme que esas cantidades no tienen importancia para usted”. Era también de la opinión de que debían cambiar el título, aun para su publicación por un editor psicoanalítico. Creía que el título era importante. Quizás sería mejor utilizar como título el nombre del héroe, *Thomas Weltlein*, y como subtítulo *Una novela psicoanalítica*.

Freud tenía que responder entonces a la embarazosa pregunta de si Groddeck podía ser miembro de una sociedad psicoanalítica. La verdad es, simplemente, que no era bienvenido. Ernest Jones, que no lo había conocido pero había leído sus artículos, lo consideraba entonces, como después, “una divertida rareza”. Algunos de los otros, que habían esperado años para que el movimiento obtuviera un grado de respetabilidad, se sentían incómodos por la exuberancia y la extravagancia del estilo literario de Groddeck. Freud sabía que era probable que la solicitud de Groddeck fuera rechazada. Se mostró, como habría de hacerlo muchas veces en su desordenada correspondencia, amable y comprensivo.

Evadió delicadamente la cuestión. “¿Ganaríamos algo con que usted entrara en el grupo de Berlín? Creo que podríamos vernos en el próximo Congreso (el próximo es en La Haya, el 8 de septiembre).”

Pero Groddeck se había decidido a hacer la solicitud. No pensaba ganar nada para sí mismo, pero estaba seguro de complacer a Freud. Hizo la solicitud y cuando volvió a escribir a Freud le dijo que lo había hecho. No hay manera de saber exactamente qué pasó, pero corrió el rumor de que Freud se había valido de su influencia ante el grupo de Berlín, y Groddeck fue aceptado.

La carta de aceptación llegó en julio, y Groddeck escribió a Freud para decírselo. “Sería maravilloso verlo a usted personalmente -dijo-, y La Haya no es un lugar al que yo no pueda ir”.

Durante años he pensado pedirle que venga a pasar unas semanas conmigo como un invitado bien venido, pero hay que decidirse a pedir algo así antes de atreverse. Sin embargo, uno puede albergar esos deseos.

Thomas Weltlein, Una novela psicoanalítica, me parece algo sencillo y acertado. Muchas gracias. Que usted tal vez pudiera aceptar la novela para su publicación es algo que me ha alegrado indeciblemente. La cuestión del dinero puede resolverse, no con mis medios, pero tengo amigos en Holanda que podrían ayudar... Puedo contar con unos cuantos cientos de marcos de mi propio círculo de relaciones, de modo que la pérdida para el inversionista, en el peor de los casos, no sería demasiado grande.

Viajar era un poco más fácil que antes y, aunque el dinero valía poco, Groddeck consiguió financiar el viaje para él mismo y para Emmy. Estaba impaciente por ver personalmente a Freud.

X. “La primera novela psicoanalítica”, pp. 66-73, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 8-ex-62